

CANTO IX.

Entre las cosas que el celeste espacio
Encierra de más obra y maravilla,
Es la ciudad, metrópoli y palacio,
Adonde tiene Júpiter su silla;
Adonde el tiempo vuela tan despacio,
Que ajena voluntad su paso humilla,
Y de sus tiempos deja solamente,
Sin futuro y pretérito, el presente.

Allí donde los años no envejecen
Las cosas que los dioses produjeron;
Porque siempre perpetuas permanecen
En el feliz estado que les dieron:
Allí las bellas cuadras resplandecen
Del edificio grande que emprendieron,
Adonde consumieron dos deidades
El oro y plata de sus dos edades.

Saturno en tiempo de la edad de oro,
Cuando tuvo sujeto á su servicio
El reino celestial, gastó un tesoro
En comenzar el inclito edificio;
Pero despues que al paternal decoro
Júpiter se atrevió, su maleficio
De condenar al padre á vil destierro
Trujo la edad de plata y la de hierro.

Entonces los finisimos metales,
Aunque no tales ni de tanta estima
Como el primero, fueron materiales
Para la obra de los cielos prima:
Las rocas le ofrecieron sus cristales;
Dióle el Oriente su riqueza opima
En finas piedras, y las suyas Paro,
Y el artifice Creta en obras raro.

Dédalo dió la traza, y mil maestros
Entre infinitos dellos hacian raya,
Por ser los más famosos y más diestros
Entre cuantos se hallaron en Vizcaya:

Que desto dotó Júpiter los nuestros
De Europa, pues no hay parte donde vaya
Su ingenio, que no cobre nombre rico,
Ya que no por su lengua, por su pico.

Con estos el artifice de Creta
Tanta solicitud en la obra puso,
Que en poco tiempo la dejó perfeta,
Y de su ingenio á Júpiter confuso:
Allí el palacio del mayor planeta
Con tan grande artificio se dispuso,
Que el Corinto edificio allí echó el resto,
El jonio, toscó, dórico y compuesto.

Sobre columnas dos de plata fina,
Y de oro puro capitel y basa,
La portada soberbia y peregrina
Se funda de la hermosa y grande casa:
Cada columna su largura empina
A quince codos, y de quince pasa
Con basa y capitel, guardando en todo
Módulos justos de arquitecto modo.

De la portada en la soberbia altura,
De bronce duro se divisa y mira
Del dios altitonante la figura,
Cuando los rayos á la tierra tira:
Es tan al natural su propia hechura,
Representando su furor y ira,
Que si alguno la mira, en su semblante
Se ve patente el miedo del gigante.

Dos carbuncos disparan rayos puros
De vivo fuego por sus grandes ojos,
Que puesto parangon, quedan oscuros
Del alumbrante sol los rayos rojos:
El fuerte brazo que dejó seguros
De ser del Serpentina despojos
A los dioses santisimos, empina,
Que vivo el rayo al parecer fulmina.

Portada en suma de la casa adonde
Júpiter tiene su morada y silla,
A cuya traza su hermosura esconde
Del mundo la más alta maravilla;
A quien, porque en la traza corresponde
La casa de los reyes de Castilla
Del nombrado Escorial, la fama alaba,
Y llama, y bien, la maravilla octava.

Tanto la altura de la tierra dista,
Que si no es con grandísimo trabajo,
Si allí pudiera haberle, humana vista
No viera el alto desde el suelo bajo;
Porque no hay vista humana que resista
La viva lumbre que de arriba abajo
Echa de sí continua el edificio
Por cornija, arquitrabe y frontispicio.

De hermoso jaspe las paredes bellas
En cuatro torres fuertes se rematan
De pórvido, que juntó á las estrellas
Del chapitel las puntas se dilatan:
Cien ventanas se miran, que por ellas
Los dioses graves, que las causas tratan
De los mortales, miran y tantean
De cuyas causas los efectos sean.

Por el espacio del zaguan se pasa,
Y desde él (es larguísimo) se mira
El pórtico ó el patio de la casa,
Obra que al arte y la riqueza admira:
Allí el tesoro y el valor sin tasa
Cifrado está, donde la barra tira
De su saber el crético arquitecto,
Y el cantábrico artífice perfecto.

Entre columnas jónicas que á trechos
Hermosos arcos sobre sí sustentan,
Se ven artificiosos antepechos
De blancas piedras que al cristal afrentan:
Suben los sustentáculos derechos,
En cuyas cumbres y remate asientan
Arcos, que dan envidia al de los cielos
Sus hermosas volutas y listelos.

Las basas, capiteles, pedestales,
Listas, abacos, óvolos y frisos
Son de mil vistosísimos metales,
Que hacen diversos y agradables visos:
Las porporciones por extremo iguales,
Los vivos siendo en las columnas lisos,
Insertos delicados collarinos,
Coronas, regoletos y tondinos.

De piedras finas de alabastro fuerte
El milagroso patio el suelo enlosa,
Juntas con tal primor y de tal suerte,
Que no parece sino de una losa:

En medio de este sus cristales vierte
Una hermosa perenne caudalosa,
Echando por seis caños á porfia
El soberano néctar y ambrosia.

En este patio la divina gente
Los unos con los otros se pasean,
Hasta que baja el dios omnipotente,
En cuya alegre vista se recrean:
Pasan de cuadra en cuadra diferente,
Cuyas paredes altas hermocean
Telas que para adorno de las salas
Las recamó con sus doncellas Pálas.

Allí la biblioteca tiene abiertas,
Dando á quien quiere para ver la entrada,
De bronce duro las labradas puertas,
Riqueza entre los dioses celebrada:
Los libros con cadenas y cubiertas
De plata al parecer sobredorada,
Adonde tienen por memoria escritas
De los héroes hazañas infinitas.

Allí está la basilica, que es sala
De suprema hermosura y excelencia,
Que á la estrellada fábrica se iguala,
Y tiene con sus luces competencia:
Estos son los estados que señala
Júpiter á los dioses de su audiencia,
Obra que deja á quien la mira absorto,
Donde el primor y el arte queda corto.

Arrímense á la sala diez escaños
Que el desnudo Piracmon forjó y hizo
Con primores magníficos y extraños,
Y todos de oro sólido y macizo:
Allí los hados y futuros daños
Y cuanto la fortuna hizo y deshizo,
Júpiter á los dioses les publica
Desde su excelso trono y silla rica.

Esta admirable y milagrosa pieza
Está en cabeza de uno y otro coro,
Como adonde se sienta la cabeza
A quien los dioses miran con decoro:
Presentósela el dios de la riqueza,
Por ser de más estima que el tesoro
Que en sus venas riquísimas encierra
De todo el Potosí la madre tierra.

Su precio y su valor es inaudito,
 Por ser toda diamantes que á Vulcano
 Trabajo le costaron infinito,
 Habiendo de labrarlos por su mano:
 Si no es á pura sangre de cabrito,
 Labrar estos diamantes es en vano,
 Y faltando de sangre grande copia,
 Vulcano los labró con sangre propia.

En esta sala á Júpiter visitan
 Los soberanos dioses cada día,
 Que su regalo y gusto solicitan,
 Siendo servirle su mayor porfia;
 Todos por rey y por señor le gritan;
 Y agradeciendo el dios su cortesía,
 Con amor los recibe, y en la sala
 Acaricia á los dioses y regala.

Allí los dioses á tratar se juntan,
 Y Júpiter sus dudas satisface,
 Por sus antigüedades le preguntan,
 Y él solo á todos respondiendo aplice;
 Y si algunos entre ellos se repuntan,
 Y enojo ó ira de sus pechos nace,
 Júpiter tiene de juzgar el cargo,
 Y ejecuta sentencias sin embargo.

No se le da á ninguno en su presencia
 Deidad, porque tan sola su persona
 Es del cielo la suma omnipotencia
 Que el cetro rige y la imperial corona:
 Él fulmina, castiga y da sentencia,
 Prohibe, manda, suelta y emprisiona,
 Y alguna vez de la deidad les priva,
 Y hace al rebelde que en destierro viva.

Y si acaso los dioses, de ira llenos,
 No le temen, á rabia se provoca,
 Y furibundo manda que los truenos
 Al cielo alteren con su furia loca:
 Que rompan los relámpagos sus senos,
 Y volcánadas echen por la boca
 De vivo fuego, y con el miedo quieta,
 La caterva de dioses á él sujeta.

Pero luego ellos mismos dan la traza
 Cómo el furor de Júpiter se aplaque,
 Y que el rayo detenga que amenaza
 En las alturas un soberbio baque:

A Ganimédes hacen que la taza
 Llena de mosto celestial le saque:
 Y en viendo al muchachuelo el dios y al vino,
 Deja el enojo y el furor mohino.

Estando pues, como era de ordinario,
 Toda la turba que el Olimpo encierra,
 En el patio, un ruido temerario
 A los cielos subió desde la tierra:
 Sobresaltóse allí el concurso vario
 De los dioses, temiendo alguna guerra;
 Y escapa aprisa el celestial concilio,
 Implorando de Júpiter auxilio.

Temerosos deshacen los corrillos;
 Y procurando de llegar primero,
 Vuela cualquiera dios, aunque con grillos
 Que pone el mucho miedo, aunque es ligero:
 Los dioses que espantados y amarillos
 Y amedrentados vió Júpiter fiero,
 Con grande enojo que le traigan pide
 El furibundo rayo y el ejide.

« ¿ Quién, dijo entonces, el Olimpo altera
 Sin temor de mis fuerzas y mi rayo?
 ¿ Quién, celicolas santos, en mi esfera
 Pudo meter el miedo y el desmayo?
 Muera el villano, el atrevido muera,
 Pague la pena su inaudito ensayo:
 Por la laguna Estigia, si me enojo,
 Que le ha de consumir mi fuego rojo.

« ¿ Son por ventura los gigantes estos
 Que causan vuestro miedo repentino,
 Como los otros en el centro puestos
 Del alto Pelion, Osa y Paquino?
 Que si los espectáculos funestos
 Y el fiero rayo que sobre ellos vino
 Su soberbio furor no atemoriza,
 Hoy se verán resueltos en ceniza.

« Pero ¿ qué es esto, que improvisamente
 El escabel del cielo titubea?
 Dadme, dioses, aprisa el rayo ardiente,
 Aterrará la estirpe gigantea:
 Ármese toda la divina gente,
 Muera la vil canalla, sea quien sea,
 Pues contra nuestra fuerza será en vano
 La del fiero Tifonte ó Centimano.

« Con el escudo y la gorgonia embista
 Contra el contrario estrépito Belona ;
 Muestre su tirso Baco en la conquista ,
 Y el arco suyo el hijo de Latona ;
 El bravo Alcides denodado vista
 Sus fuertes miembros de la piel leona ,
 Y empuñe la soberbia Molorquea ,
 Y Marte desenvaine la Romfea. »

Un dios entonces á los otros dijo ,
 Mirando en ellos el terrible espanto :
 « Cese el débil temor vano y prolijo ,
 Y de las diosas el medroso llanto :
 Mejor será que su elocuente hijo
 Envie sin tardar Júpiter santo ,
 Y allá sepa quién es la fiera turba
 Que el sosiego á los dioses les perturba. »
 Júpiter dijo : « Está muy bien que vaya ;
 Y haga en nuestro servicio en hora buena
 El hijo hermoso de la bella Maya
 Lo que el divino consistorio ordena ;
 Y porque contra su deidad no haya
 Cosa mortal que pueda darle pena ,
 Si la defensa grave no rehusa ,
 Llévase la cabeza de Medusa.

« Los céfiros , Mercurio , al punto llama ,
 Y cálzate al instante los talares ,
 Y en sus ligeros vuelos te derrama ;
 Parte y visita los terrestres lares :
 Mira en Trinacria si el gigante brama ,
 Y por todas sus partes y lugares
 Si es el temor de nuestros dioses mira
 El fuego por su boca que respira.

« Y ántes que dejes los sulfúreos montes ,
 Y para dar la vuelta á las alturas ,
 Con tus ligeras plumas te remontes
 A la region de las estrellas puras ;
 A Piracmon , Estéropes y Bróntes ,
 Que en las fraguas están del Etna oscuras ,
 Di que á forjarme rayos se den prisa ;
 Que de ellos hay necesidad precisa.

« Toda la tierra sin parar circunda ,
 Y en su redondo círculo examina
 Quién levanta el tumulto y baraunda
 Que atemoriza la region divina :

Repara en qué su atrevimiento funda ,
 Que ha de causarles su total ruina ;
 Que si no son gigantes , es sin duda
 Gente más que ellos rigurosa y cruda.

« Mira si son ejércitos de Francia
 Temidos por el impetu primero ,
 Ó si sale de Italia la arrogancia
 Llevando el viento su hablar ligero :
 Repara si es la esguizara jactancia
 Ó los gascones en aspecto fiero ,
 Ó si tudescos , gente dada al jarro ,
 Flamenco astuto ó español bizarro. »

Los alados talones mueve aprisa
 El mensajero que del cielo parte ;
 Los aires mansos denodado pisa ,
 Revolviendo la vista á cada parte :
 Todo cuanto en la tierra se divisa
 Seguro vió del riguroso Marte ,
 Oprimida la fuerza de Tifeo ,
 Y presos los cien brazos de Briareo.

Del tiznado Piracmon vió desnudos
 Los miembros , nuevos rayos fabricando
 De temple duros y de punta agudos ,
 Castigo justo del soberbio bando :
 Los ecos del marcial acento mudos ,
 Las gentes las cabezas coronando
 De verde oliva , de la paz despojos ,
 Y las puertas de Jano con cerrojos.

Las alas libres por el aire suelta
 Con cara alegre y espaciosa sorna ;
 Los vuelos tiende para dar la vuelta
 Al sexto cielo , que su padre adorna ;
 Y apenas sube , cuando mira envuelta
 La cimica ribera en fuego , y torna
 Y mira entonces lo que no habia visto ;
 Admirase de verlo , y vuelve listo.

Ante el divino claustro se presenta
 Con gran fatiga el mensajero alado ,
 Que en su pecho parece que revienta
 Con tanta prisa el corazon cansado :
 Pídele luego Júpiter la cuenta
 Del caso para donde fué enviado ,
 Qué ha visto , qué ha notado , cómo y dónde :
 Calla el que se la pide , y él responde :

« Bajé á la tierra , visité la altura
De los Siculos montes , cuyos senos
Sirven de cárcel fiera y sepultura
De mónstruos vivos , de soberbia llenos :
Del cojo herrero ví la fragua oscura ,
Y ví con aires y espantables truenos
De sus fuelles y horrisonos martillos
Forjar de alevés vidas los cuchillos.

« El Océano inmenso ví tranquilo ,
Sin bullicio de guerra ni alboroto ,
Y desde el márgen del etiope Nilo
Hasta de Tule el límite remoto :
Ví por el mundo el acerado filo
En las entrañas de la vaina boto ,
Hasta que ví en las cimicas riberas
Lucir acero y tremolar banderas.

« En las sutiles auras encubierto
Un campo largo á la redonda giro ,
Y cuanto campo miro descubierto ;
De dos campos cubierto atento miro ;
Y estando ya de lo que quise cierto ;
Mis vuelos de la máquina retiro ,
Para contaros cosas tan extrañas ,
Que las tendréis sin duda por patrañas.

« Del rey Sanguileon la gente cruda
En órden , que era un número infinito ,
Ví , y junto á ella para darle ayuda
El mirmilion , el tábano y mosquito :
En su contra la araña ví zancuda ,
La chinche , pulga y piojo , que el distrito
Dejaron de su tierra , haciendo liga
Por dar favor al Granestor hormiga.

« Cada uno lleva una caterva inmensa
De gente armada , indómita y gallarda ,
Que no hay en todos ellos quien no piense
Que la victoria para sí se guarda :
Quedó en su vista mi deidad suspensa ,
Mi doctilocua lengua muda y tarda ,
De manera que casi no me atrevo
A dar principio á lo que ví de nuevo.

« Iba pisando el arenoso puerto
La gente mosca , y con furor marchando ,
Cuando á la vista vieron descubierto
Todo el estruendo del contrario bando :

Dejaron todo el ancho mar cubierto
De naves sueltas sin patron nadando ,
Que pudieran mejor que las de Enéas
Ser convertidas en marinas deas.

« Y luego al mismo punto que se vieron
Las fieras gentes de los dos caudillos ,
Con truenos espantables salva hicieron ,
Que pudo el reino del espanto oillos :
Allí los campos sin parar corrieron
Para tener reparo , á dos castillos ,
Puestos el uno y otro frente á frente
Para la gente hormiga y mosca gente.

« Ya que las fuerzas fueron descubiertas
De tanto infante armigero y jinete ,
Corre el Sanguileon , y por cien puertas
Del un castillo sus soldados mete :
El Granestor tambien , que miró abiertas
Las del otro que entrada le promete ,
Apresurando las veloces plantas ,
A los suyos metió por otras tantas.

« Tremolaban al aire cien banderas
Sobre sus torreones poderosos ,
Abiertas por los muros mil saeteras ,
Y la tierra con mil profundos fosos :
Allí metieron las naciones fieras
Sus fuertes escuadrones belicosos ,
Y aunque eran infinitas cantidades ,
Eran los dos castillos dos ciudades.

« Estos asilos dos ó fortalezas ,
Que dentro de sus muros contenian
Tantas estancias y anchurosas piezas ,
Donde tantos ejércitos cabian ,
Eran fuertes bastiones , ó cabezas
De tales , porque serlo parecian ;
Y eran , segun por las señales hallo ,
Calaveras de vaca y un caballo.

« En la de vaca el fuerte Mosquifuro ,
Con sus trazas , enredos y marañas
Cerró las puertas , y dejó seguro
En él su campo de enemigas mañas ;
Y luego para fuerza y antemuro
Un bastion fabricaron las arañas ,
Que fieros mosquetazos resistia
Y balas de contraria artilleria.

« Cien piojos hay las noches y los días,
Que, sobre el muro altísimo velando,
Están las enemigas compañías
Del rey Sanguileon atalayando:
Cien pulgas andan siempre por espías,
Viendo las trazas del contrario bando,
Y cuando el mosca su intencion divulga
Lo divulga á su rey tambien la pulga.

« De las abejas los ingenios raros
Tambien hicieron admirable hacienda
De estacadas, bastiones y reparos,
Donde la chusma alada se defiende:
Véanse los unos y los otros claros,
Máquinas fabricando en la contienda,
Saliendo á veces á probar sus brios,
A verse en mil campales desafíos.

« Están sobre los altos torreones
Donde la mosca con su gente habita,
Doscientas atalayas mirmiliones
Viendo lo que el hormiga solicita;
Y estos á los amigos escuadrones
Están diciendo con perpetua grita:
« ¡ Al arma, amigos, arma, alerta, alerta!
Que sale el Mosquifuro por la puerta. »

« Despues de varios trances y sucesos,
En que á veces se vieron peleando,
Y ya los unos y los otros, presos
Iban llevando del contrario bando,
Llegóse á los ejércitos. espesos
De soberbia canalla, el tiempo, y cuando
Hubieron de salir de la muralla
A dar en campo raso la batalla,

« Por un millon de puertas y aberturas,
Resquicios, hendeduras y agujeros,
Salen armados de sus armas duras
Los capitanes y soldados fieros:
Su luz perdieran las estrellas puras,
Puestas en parangon con los aceros,
Que tanto desde léjos relucian,
Que émulos de sus luces parecian.

« Del castillo salió, si bien me acuerdo,
Del rey Sanguileon la gente fiera,
Al campo raso, por el ojo izquierdo
Del soberbio bestion ó calavera:

Ya que con paso más veloz que lerdo
Esta inhumana chusma se vió fuera,
Por el ojo derecho con su gente
Salió volando el tábano valiente.

« Por las partes adonde las orejas
En la cabeza fijas estuvieron,
Por una y otra al campo á las parejas
Dos soberbios ejércitos salieron:
Con la manchega mosca las abejas
Con temerario estrépito vinieron,
Y con estruendo la de Arjona guia
Los tercios de la fuerte Andalucía.

« Por donde las narices y la boca
La bestia caballar un tiempo tuvo,
Salió tanto mosquito, que era poca
La plaga dellos que en Egipto hubo:
Cuando toda la chusma el rey convoca
Sobre su campo, entre las auras subo,
Llevado al fin del natural deseo,
Y desde el aire cuanto trazan veo.

« Al rey Sanguileon miré entre todos,
Cuyo retrato está en mi mente escrito,
Porque era bien más alto cuatro codos
De los suyos, que el más galan mosquito:
Solicitando trazas, dando modos
Andaba entre el ejército infinito,
Plantando hileras de escuadrones largos,
Banderas reformando, y dando cargos.

« De negras armas iba el rey cubierto,
Que se las puso por señal de luto
Por su gran Ranifuga, que era muerto,
Y el llanto de sus ojos aun no enjuto:
Su campo ordena el capitan experto
Con un esfuerzo de romano Bruto;
Que si el otro vengó á Lucrecia casta,
Estotro venga al casto de su casta.

« Negra corteza de garbanzo dura
Le dió (¡gran peso!) el espaldar y peto,
Arma contra los impetus segura,
Metal á ofensa alguna no sujeto:
Negra color y natural pintura
Con que daba á entender el rey discreto
Que, muerto el Ranifuga, no se alegra
Con cosa alegre su ventura negra.

«Sobre la temeraria y real cabeza
El negro yelmo por insignia triste
Lleva (terrible globo!), de la pieza
Que al cañamon de su dureza viste:
Cubierto desta lobrega corteza,
Reparo firme que el furor resiste,
Sale mostrando al mundo que cubierto
Le trae de luto el Ranifuga muerto.

«Sobre el caparazon de un negro grillo,
Que de gordo parece que revienta,
El triste rey, el misero caudillo,
El cuerpo armado á la venganza asienta:
Furioso los ijares del morcillo
Pica, cuyo color nos representa
Por el sin vida Ranifuga el llanto,
Y de sus enemigos el espanto.

«Un negro jabali le dió la lanza
De entre sus negras cerdas la más fuerte,
En quien tiene fundada la venganza
Del Ranifuga y de su triste muerte:
Doce brazadas su largura alcanza,
Firme esperanza de su buena suerte;
Que lo será sin duda cuando venga
Tal, que vengado al Ranifuga tenga.

«En la derecha mano el asta larga
Furioso empuña de la aguda cerda,
Y embraza fuerte la espaciosa adarga
Negra tambien en la forzuda izquierda;
En cuantas armas sobre el cuerpo carga,
La muerte tan atroz se le recuerda
Del Ranifuga mosca, cuya historia
Las negras armas traen á su memoria.

«El rey Matabalho en diferentes
Escuadrás pone su caterva fiera
De tábanos expertos y valientes,
De quien hazañas de valor espera:
El era el gran caudillo destas gentes,
Asombro fiero del contrario, y era
El que quitó la espada á su enemigo,
Que es la que en las batallas trae consigo.

«Este fué desde niño aficionado
Al ejercicio militar, de suerte
Que con cuantos sus fuerzas ha probado,
Han probado con él su misma muerte:

Tal vez de un abejon desafiado
Fué cuerpo á cuerpo el tabaneco fuerte,
En cuyo desaffo hizo de modo,
Que se dió á conocer al mundo todo.

«Saliéronse los dos á la campaña,
Que siempre en ella el tábano pelea;
Y el astuto abejon (astucia extraña,
Digna deste lugar, porque se crea)
Llevaba oculta con cautela y maña,
En el remate de su cola fea,
Una espada finisima desnuda,
De filo cortador y punta aguda.

«Y cuando cara á cara arremetia,
Al mismo punto, al revolver del anca,
Con ligereza súbita salia
La arma sutil por entre zanca y zanca:
El tábano feroz, que nunca via
Indicio del acero ó punta blanca,
Sudaba gotas de mortal congoja,
No viendo el filo con que el tajo arroja.

«Pero una vez el tábano, que atento
Estuvo á la revuelta de la cola,
En la mitad del leve movimiento
De aquella espada vió la punta sola:
Quedó con esto su valor contento,
Y los brazos con ánimo enarbola,
Para cuando el contrario le acometa
Guardarle la estudiada contratreta.

«El abejon de revolver no tarda,
Y hácia el tábano fuerte se encamina;
El tábano feroz no se acobarda,
Aunque ve al abejon que se avecina;
El abejon, que mira que le aguarda,
Al tábano amenaza su ruina;
Pero el tábano astuto, que le entiende,
Al abejon entre sus brazos prende.

«El abejon y el tábano los brazos
Furiosos cruzan con rigor que espanta;
El abejon al tábano los lazos
Le aprieta por la indómita garganta;
Al abejon el tábano pedazos
Quiere hacerle, y por medio le quebranta,
Y el abejon y el tábano, uno y otro
Són de uno y otro atormentable potro.

«Tanto la fuerza tabanesca pudo,
Contraria á la abejonía, que en efeto
La fiera bestia del acero agudo
Murió en los brazos del rigor y aprieto:
Dejó de vida al abejon desnudo,
Sacando por despojos de este reto
El tábano la espada que se ciñe,
Con cuyos filos las batallas riñe.

«El alma triste el abejon vomita,
Que ya sus brazos con la fuerza floja
De la garganta tabanesca quita,
Pereciendo entre rabias y congoja;
Y el que á Anteon contra Hércules imita
Tampoco entonces pudo, que la hoja
Vomitó por atrás su triste ojo,
Haciéndola del tábano despojo.

«Espada y hoja propiamente y sola,
De cuya traza y filos imagino
Que el nombre que le dan á la española
Espada, de hoja, de este origen vino:
Era la aguda espada que en su cola
Llevaba el abejon, hoja de espino,
Cuyos filos y hechura dieron nombre
A la hoja que ciñe al lado el hombre.

«Quedó el Matabalho muy honrado
Con tal victori a, desde allí adelante
Cobró reputacion e gran soldado,
Y para empresas graves importante:
La espada cortadora dió á su lado,
Que la trasera honró del arrogante
Héctor moscon, que al rey de la Tabana
Como á Aquiles rindió la Durindana.

«Con ella el gran caudillo la órden traza
De formar sus hileras y escuadrones,
Haciendo siempre para el paso plaza
Sus tábanos jinetes y peones:
Si acaso con los filos amenaza
A los suyos, se tienden á montones,
Porque solia llevarse, caso feo,
Seis tábanos y siete de un boleó.

«Grande es el miedo que en los suyos pone
Cuando les muestra la desnuda espada,
Y con industria el escuadron compone,
Sin que soldado le replique en nada:

A la contraria multitud opone
La caterva de tábanos granada,
Cubriendo todo el campo de jinetes,
Arcos, ballestas, dardos y mosquetes.

«La turba de los cénzalos crueles
El rey Asinicedo tiene á cargo,
Formando lucidísimos cuarteles
De fuertes gentes y de espacio largo:
Es gente que en los bélicos tropeles,
Aunque no muestren armas, sin embargo
Son los que más á los contrarios dañan,
Porque con no mostrarlas los engañan.

«Son gentes magras y de fuertes niervos,
De complexion robusta y bravo talle,
Mónstruos sin ley, en el picar protervos,
Sin que en su corazon piedad se halle:
Gente criada entre silvestres cuervos,
En monte despoblado ó inculto valle,
Y que imitando al cuervo, solo intenta
Sacar los ojos al que le sustenta.

«Y aun tengo conjeturas y recelo
Que esta fama ruin que el cuervo tiene,
Los cénzalos la causan cuando el pelo
Del cuervo nuevo á disfrazarle viene;
Porque huyendo los padres, luego el cielo,
Que de los pollos cuida, los mantiene
Destos mosquitos, que á los cuervos hacen
Ser semejantes al manjar que pacen.

«Es esta fiera turba cenzalina
De condicion tan bárbara y extraña,
Que va cantando siempre que camina,
Y canta más cuando es mayor su saña:
Gente que á guerra y disension se inclina,
Y que tiene por patria la campaña,
Adonde con la fuerza de sus dientes
Quita las vidas á las chinches gentes.

«En un pulgon hinchado caballero
Va el rey caudillo desta gente brava,
Vestido el cuerpo, en vez de fino acero,
Del orbe duro que cubrió una haba:
Este caballo y armas el rey fiero
En defensa sacó, porque se alaba
Que por despojos de valor los hubo
Cuando allá en los habares guerra tuvo.

«Esto mirando me quedé suspenso,
 Cuando en el eje de los cielos toca,
 Atronando la tierra, un grito inmenso,
 Que confieso que á miedo me provoca:
 Que al alto Olimpo desencasa pienso
 Del gigante feroz la furia loca,
 A quien no pude hallar entre la tierra,
 O que el divino Júpiter le atierra.

«Fué tanto entonces de mi pecho el miedo
 Y el tremor imprevisto y sobresalto,
 Que sin poder volar me estuve quedo,
 De la virtud de mis talares salto:
 Revuelvo mi cabeza como puedo
 Por el lugar de entre las auras alto,
 El campo miro de la hormiga, y veo
 Lo que, aunque ví, tal es, que no lo creo.

«Por medio del ejército contrario
 Pasó esgrimiendo el cortador acero
 Un moscon furibundo y temerario,
 Más que las furias del infierno fiero:
 Siguióle del hormiga el campo vario;
 Pero él, valiente y por igual ligero,
 De entre sus uñas y sus armas sale,
 Y de su fuerza y de sus piés se vale.

«Sale huyendo del campo del hormiga,
 Y hácia el real de la mosca los piés mueve,
 Y para que su alcance se consiga,
 Espesas gentes el contrario llueve:
 Viendo el Sanguileón á la enemiga
 Turba tan cerca, saca en tiempo breve
 De sus moscas un número sin cuento
 Que á los otros retiren al momento.

«No sigue el bando del estruendo alado
 La medrosa caterva que retiran,
 Que recibiendo entre ellos al soldado,
 De tal hazaña y su valor se admiran:
 Estaba de correr desfigurado
 De tal manera, que aunque más le miran,
 Ninguno se halla que conozca ó piense
 Que es el señor del valle barriliense.

«Pero despues que por el habla y señas
 Del tártaro el aspecto conocieron,
 Allí fueron las fiestas no pequeñas,
 Y los sumos contentos allí fueron:

Allí rimbomban de las altas peñas
 Los ecos que al acento respondieron
 De la alada caterva, que en voz viva
 Entonaron el victor hasta arriba.

—«Sea bien venido, al tártaro decia
 El rey Sanguileón de la Mosquea,
 La luz de la mosquil caballería,
 Adonde Marte su furor emplea:
 La defensa de nuestra monarquía,
 La parca de la hormigena ralea,
 El que con verle de mi rostro enjuga
 Las lágrimas que causa el Ranifuga.

«¡Oh capitán, firmísima esperanza
 De la fortuna de la gente nuestra!
 ¿Qué prolija prision ó qué tardanza
 Ha tenido cautiva vuestra diestra?
 ¿Qué tormento ó qué súbita bonanza
 Os trae del mar y á vuestra gente os muestra;
 Que todos os llorábamos con pena
 Que en vos no se cebase la ballena?»

«No sé si el rey moscon le dió respuesta,
 Mas al un rey miré del otro asido,
 Y á la turba mosquina haciendo fiesta,
 Todo en memoria del recién venido;
 Y entre esta gente y la contraria opuesta
 Salió hiriendo los aires un bramido,
 Que ninguno de tantos oírle pudo
 Sino era yo, del sér mortal desnudo.

«En el un campo y otro ví que andaba
 Zurciendo la solícita Meguera,
 Que rabias, iras y rencor sembraba,
 La fiera furia entre la gente fiera;
 Y viendo que con prisa se acercaba,
 Sin que me viese retiréme afuera,
 Temiendo del mirar de la mal quista,
 Que no me emponzoñase con su vista.

«Los talares con ánimo prevengo,
 Y de su vista á más volar me aparto,
 Y á no verla sin duda me detengo,
 Hasta ver de la guerra el fiero parto.
 Esto, deidades, á contaros vengo,
 Y dejo ahora de contaros harto
 Que el miedo mio relatar no osa;
 No se nos sobresalte alguna diosa.»

Esto al concilio de los dioses dijo
 En la esfera de Júpiter Cilenio,
 Quedando absortos con su hablar prolijo,
 Más de la novedad que de su ingenio :
 Calló de Maya el elocuente hijo ;
 Y de los dioses el divino genio,
 Como la nueva á espanto le provoca,
 Arqueó las cejas y frunció la boca.
 Júpiter dijo desde el trono alto
 A los dioses sus súbditos : « Confieso
 Que me causa la nueva sobresalto ;
 Y el grande miedo me ha tenido preso :
 No se asomen á ver el fiero asalto
 Los dioses celestiales ; que el suceso
 Temo que les provoque á alguna pena,
 Cosa sin duda á su deidad ajena.
 « Quédese el mundo de tinieblas lleno
 Mientras que pasa tanta desventura ;
 No ponga Febo á sus caballos freno,
 Ni el carro saque de su lumbré pura ;
 Estése en tanto de su luz ajeno,
 Y todo el tiempo que la guerra dura,
 A las puertas del cielo echen la llave,
 Y no las abran sin que el daño acabe.
 « Delia la plata de su faz redonda,
 Con cuya hermosa luz al mundo alegra,
 Mientras pasa furor tan grave, esconda,
 Y sin ser vista de la noche negra,
 En ninguna manera corresponda
 Con luz ; que el mundo todo es otro Flegra ;
 Ni en forma ya de tajador se ofrezca,
 Ni rebanada de melon parezca. »
 Dijo ; y de la basilica el espacio
 Desocupan los dioses al momento,
 Y pasan por las salas del palacio
 Con más veloz que tardo movimiento :
 Sola mi torpe pluma va despacio ;
 Mas ya contra la flema y vuelo lento
 La desgrefñada Euménide la mira,
 Y para entrar, con furia se retira.

CANTO X.

Despues que tuvo el tártaro pagano
 Toda la chusma moscatel absorta,
 Relatando sus hechos, que al romano
 La fama dejan de los suyos corta ;
 Alegre el rey Sanguileón y ufano,
 Como aquel que conoce cuánto importa
 Un capitán que, tras el ser valiente,
 En orden ponga la bisona gente ;
 Convoca las indómitas cabezas,
 Caudillos fuertes de su gente brava,
 Y repite los hechos y proezas
 Que el que las hizo de contar acaba ;
 Y visto en sus hazañas las certezas
 Del gran valor que el tártaro mostraba,
 Por general publican que se elija,
 Que se le dé el bastón, y el campo rija.
 Parte á su tienda el rey de la Mosquea,
 De una espesa caterva acompañado ;
 Porque en la tienda suele esta ralea
 Sustentar un ejército alojado :
 En la tienda del tártaro se apea,
 Que estaba de moscones rodeado,
 Los cuales, viendo su señor presente,
 Se levantan y danle en que se asiente.
 « Moscon Sicaboron, á vos se os debe,
 Dijo, de general el nombre y cargo ;
 A vos, que sin temor del Austro aleve,
 Del mar nadastes el espacio largo ;
 A vos, á cuya fuerza no se atreve
 La hambre á derribar, pues sin embargo
 De la suya, á tres pulgas muerte distes,
 Y la liendre que asaban os comistes ;
 « A vos, que por en medio del estruendo
 De los contrarios con furor pasastes,
 Y el acero con ánimo esgrimiendo,
 La vida de sus manos escapastes ;